

Una utopía concreta

LA oposición ha pasado de la inquietud maximalista del futuro a la inquietud inmediatista. Inquietud actual concretada a veces en el afán de adquirir un puesto, sustituyendo a los que ayer estuvieron en el mismo.

El personalismo ha sustituido en demasiadas ocasiones a la ideología ilusionada que representa el necesario estímulo de cambio: aquello que Ernst Bloch llamaba "la utopía concreta". Estamos en un momento peligroso, porque nuestro norte —el acicate de nuestra acción transformadora— puede perderse en estos vaivenes electorales, ante la proximidad de una decisión momentánea que podía engañosamente convertirse en definitiva.

El hombre no puede ir adelante, se estancaría lamentablemente en el hoy que le invade si no tuviera "la religión de la utopía humana", el aguijón que pedía el marxista Ernst Bloch en su obra Principio esperanza.

La diferencia entre utopía ilusoria y utopía concreta está ya teóricamente clara, pero muchas veces se ha olvidado, y podemos caer nuevamente en la tentación de olvidarla. La utopía enraizada en lo concreto "da como verdadero aquello que la utopía sólo sueña", señala el teólogo Walter Kasper. Por eso hay que soñar despiertos, y no dormidos. Ese soñar consciente que no puede engañar, sino que mueve hacia adelante sin descanso.

La Biblia, para el creyente, es esencialmente esa utopía básica, de líneas fundamentales no para guiarnos a un cielo hecho de escapismos y evasiones como pensábamos ayer, sino a unos "nuevos cielos y nueva tierra", que el profeta Isaias veía realizado entre nosotros al final de la sociedad injusta que hoy pervive.

Ciertamente, "la Biblia es un libro utópico", como señala Assig en su Catequesis política. Pero un libro utópico concreto que "propone un dinamismo prodigioso puesto de relieve por Ernst Bloch sobre todo y también por (los marxistas) M. Machovec, Gardavsky, Kolakowski y Garaudy", según observa con razón el profesor del Instituto Católico de Toulouse René Coste.

Por eso hemos de alegrarnos del papel que en los más apartados ambientes ha producido este libro. Como lo ha tenido en el artículo 12 de la Constitución de la URSS, puesto en vigor en 1936 (y hoy todavía vigente), que se inspira en la segunda carta a San Pablo, adoptando el

excelente principio social: "El que no trabaje, que no coma".

Nadie mejor que los profetas de Israel han sabido también, si son leídos sin prejuicios religiosos espiritualistas, clamar por una nueva sociedad construida sobre unas bases estructurales que superen el egoísmo poseedor, la disgregación individualista y la violencia inhumana.

La cooperación y la ayuda mutua, la no violencia activa, la ausencia de tiranías dominadoras del hombre, la superación de la sociedad de explotadores y explotados, el afán de ser y no de poseer ni brillar vanidosamente, y el olvido que sabe no sólo perdonar (indultar), sino olvidar (amnistiar), son tónica de estos profetas sociales que todavía tienen una voz para hoy, porque la Biblia se ha convertido en un bien común de la Humanidad; ya no es solamente el libro sagrado de los cristianos, sino un libro de experiencias humanas profundas que resultan definitivas para todo hombre.

Leamos así sus palabras con esta nueva mirada que nunca debieron olvidar los creyentes.

Kropotkin escribió a fines del siglo pasado un libro sensacional, precursor de muchas cosas que la ciencia actual, mucho más desarrollada que aquella de la que él disponía, ha corroborado: su título era un excelente resumen de la idea por él demostrada: "El apoyo mutuo" se llamó, porque en el mutuo apoyo se ha basado todo el desarrollo constructivo de la evolución humana y de la historia social del hombre, en lo que ésta ha tenido de positivo, de constructivo de unos niveles más altos de satisfacción y desarrollo humanos.

Lo mismo que señaló, con poético lenguaje popular, el profeta Amós diciendo: "El arador empalmará con el segador, y el pisador de uva con el sembrador". Propugnan estas palabras una cooperación social espontánea en la sociedad futura. No habrá en ella planificación dictada desde arriba coactivamente, sino espontánea coordinación desde abajo. La tiranía desaparecerá: "Se habrán terminado los tiranos", prevé Isaias. Y los dirigentes no disfrutarán de la vanagloria de grandes monumentos conmemorativos de sus hazañas, como hizo Hitler, sino que "desaparecerán los edificios lujosos", como pronosticaba Amós.

El comienzo de esta sociedad se hará bajo los auspicios de una amnistía, como expresa Yahvé por boca de Isaias: "¿Cuál es el ayuno que yo quiero? Desatar los lazos de la maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo". Terminará así la situación de explotadores y

explotados: "Edificarán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto; pero no edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma" (Isaias, LXV), porque: "¡Ay de los que añaden casas a sus casas, y amontonan tierras y fundos! no dejan sitio para los demás" (Isaias, V); y "¡ay —también— del que explota a su hermano!" (Jeremías, XXII). La causa y raíz de todo este desorden injusto actual es el afán de lucro, la propiedad egoísta fundada en el dinero como esencia fundamental de la economía: "¡Qué traidora es la riqueza!", exclamaba Habacuc (capítulo II).

La violencia surge hoy de la agresividad ambiente, producto de no haber alcanzado esas metas sociales, y engloba personas y estructuras, como clima que envuelve nuestra sociedad explotadora. La frustración en los más es producida momentáneamente por el afán de centrarse en el consumo cuantitativo por el consumo cuantitativo, sin más aspiración humana, y la frustración en los mismos es la insatisfacción del poderoso, que siempre quiere tener más, sin apagar nunca su sed morbosa de poder. Todo lo cual tiene un resultado: una tormenta de violencia desatada en guerras, secuestros, violaciones, torturas tiránicas y luchas competitivas selváticas, que constituyen el mundo en una muchedumbre solitaria sin solidaridad espontánea, sino llena de animosidad desatada, o sometida a una esclavitud tiránica.

El porvenir, deseado y previsto por los profetas, es, en cambio, el de la no violencia, el de la paz sin oposiciones desgarradoras en lo humano: "Serán vecinos el lobo y el cordero; el leopardo se echará con el cabrito; la vaca y la osa serán compañeras y juntas acostarán sus crías; nadie hará daño, nadie hará mal", y para ello "forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas poderosas; no se levantará nación contra nación ni se ejercitarán más en la guerra".

Esta "utopía concreta", desarrollada en el lenguaje de una sociedad pastoril, puede y debe ser —adoptando el lenguaje de la actual revolución social pacífica, pero luchadora— estímulo para, en medio de las batallas electorales que se avecinan en el país, no pierda el norte la izquierda —los que quieren de verdad transformar la sociedad actual— con la inmediatez de los cometidos presentes.

